

## SERMON 2º

(NOTA: A. ROBLES SIERRA-V.T. GÓMEZ GARCÍA, *Sermones inéditos de san Luis Bertrán en torno a la Virgen*, en *Escritos del Vedat*, II, 1972, pp.436-441)

«**Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham**» Mateo 1,1

1.- Al escribir la genealogía de alguien lo que se desea saber es quién es, de qué casta procede y a qué viene a la tierra. Lo que san Mateo pretende explicarnos en este evangelio es quién es Jesucristo. Por eso comienza diciendo: *Libro de la genealogía de Jesucristo*, según la ley sucesoria de los santos cuadernos o de las Sagradas Escrituras. Pero la Virgen se vio librada de esa ley, porque los otros personajes aquí señalados poseyeron una sola virtud, mientras que ella las poseyó todas. Como canta la Iglesia: *Por el parto de María recibieron las vírgenes todas las gracias, pues ella se hallaba adornada de todas ellas* (NOTA: Véase el Oficio Divino para las fiestas de la Santísima Virgen). Como escribe el Sabio: *Muchas son las hijas que han allegado riquezas, mas a todas las has aventajado tú* (Pr 31,29). Y como señala el Salmista: *Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios* (Sal 45,5). Porque Dios salió de una Madre sin pecado mortal, ni venial, ni original, por eso dice David que *un río caudaloso alegra la ciudad de Dios*. Esto regocija y alegra.

2.- Según el Génesis, dijo Dios: *Reúnanse en un lugar las aguas, que están debajo del cielo, y aparezca lo árido o seco* (Gn 1,9). Esto aplicado a María significa que en ella están reunidas todas las virtudes, mientras que los santos son como la tierra seca, pues la Virgen, estando en lo ínfimo y lo más bajo, se encontraba en lo más alto y supremo de los santos. Por eso afirma el Salmista: *Sobre los montes más altos está ella fundada* (Sal 86,1). Es decir, que ella tuvo más fe que el primero entre los santos, y fue más humilde que san Francisco y cualquier otro santo. Por eso se dice también en los Salmos: *Ama el Señor las puertas de Sión, más que las tiendas de Jacob* (Sal 86,2), porque en la Virgen eran mejores su portada, su zaguán y su entrada, que los mejores aposentos de los santos.

3.- Por otra parte, en las Sagradas Escrituras se habla de dos libros. Uno es el libro de los hombres, el que vio Ezequiel y le dijeron que tenía que comerlo. Le produjo un deleite santo (cfr. Ez 3,3). Pero, yo me pregunto: Si de verdad lo tuviese, ¿pecaríamos los hombres?... Según el texto sagrado, *ese libro estaba escrito por dentro y por fuera, y todo lo que se hallaba escrito en él eran lamentaciones y canciones lúgubres y ayes o maldiciones* (ibid. 2,9); esto es, remordimientos de conciencia, dolor, vergüenza y tristeza por los pecados cometidos. Es decir, que lo que vio el profeta era el castigo que se da al pecado. Según el Salmista este castigo consiste en *que lloverán sobre los pecadores muchos desastres: el fuego y el azufre, y el viento tempestuoso serán el cáliz o bebida que les tocará* (Sal 10,7). Y es que el pecador ve que este castigo parte del Señor, porque ve, en un ¡ay!, que Dios pudo salvarle, y él no quiso; que Dios lo llamó, y él se hizo sordo, etc. De ahí las lamentaciones y ayes de los pecadores.

4.- En el Apocalipsis, san Juan habla de otro libro, que representa a la Virgen *cerrado con siete sellos* (Ap 5,1), en el cual se guardaba el pecado del mundo y que, estando así sellado, sólo pudo abrirlo el Cordero Jesucristo. No se halló ni en el cielo, ni en la tierra, ni en los abismos quien mereciera tocar ese libro, ni siquiera entre los linajes de los reyes y de los patriarcas (cfr. ibid. 2-3). ¿Por qué?... Por lo que tocaba a la Virgen, y por lo que tocaba a nosotros. Por lo que se refería a ella, ese libro no se podía abrir, porque lo que se planta sobre nobleza crece y produce abundantes frutos de virtud, de humildad, etc. En cambio, lo que se siembra sobre pecado crece y produce mayores pecados, como son, mayores jugadores, mayores adúlteros, mayores homicidas, etc. Y por lo que se refería a nosotros, tampoco ese libro se podía abrir, porque Dios no sólo tomó a la Virgen como Madre suya, sino que también nos la dio a nosotros como dechado y modelo en el que relucen todas las virtudes de generosidad y nobleza. De tal manera, que si un caballero es humilde, paciente y sufrido, se lo debe a la Señora. Y es que en ella lucieron y se mostraron las virtudes de todos: las de Abraham, Isaac, Jacob, etc. Por eso, a la postre, ella es presentada como un libro de cuentas que tiene muchas partidas: mil ducados de sedas, doscientos de paños, etc. Y al final aparece la suma de todas esas partidas. ¿Quién representa esa suma que contiene todas las cuentas parciales?... María, que es la suma de todas las virtudes de los demás santos.

5.- ¿Y a qué vino la Virgen?... ¡A ser Madre de Dios! No se pudo decir más de ella. Por eso, ser Madre de Dios y sierva de Satanás no se compadecen entre sí; como tampoco el estar dotada de todas las virtudes y tener el pecado original. Afirma el Salmista: *Dios la socorrerá desde el rayar del alba* (Sal 45,6); es decir, desde el vientre de su madre, en el momento mismo de la infusión de su alma en el cuerpo. Madrugó Dios preservándola. Como dice el Sabio: *Todavía no existían los abismos* —es decir, el pecado mortal, venial y original—, *y yo estaba ya concebida* (Pr 8,24). Llegaron tarde, pues yo fui concebida antes de que llegase el pecado original. Parece que no pudo Dios dejar de preservarla, pues la hizo en todo tan singular. Por ejemplo, cuando uno ha de pintar una imagen o escribir en un pergamino, primero lo limpia y lo raspa, hasta dejarlo totalmente puro. Pues si Dios había de escribir este libro, ¿cómo podía dejarlo sucio?... Otro ejemplo. Imprimen un libro. Comienza a ir de mano en mano y empíezase a dañar. Uno muda una letra, otro una parte, etc. Tórnase a imprimir, y entonces restitúyese la verdad y sale más enmendado. Pues lo mismo sucedió en la creación. Dios imprimió muy bien en el hombre su imagen, con toda rectitud y justicia. Luego éste anduvo de mano en mano: en manos del libre albedrío, en manos del demonio, etc. Y comenózase a dañar. Después hizo Dios la segunda impresión de su imagen en la Virgen, y salió del todo enmendada y corregida. Y es que, como dice el Apóstol: *Dios ha elegido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios, y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes* (1 Co 1,27-29), a fin de vencer y triunfar y confundir a los que presumen de fuertes, y así mostrar su potencia y su infinita sabiduría.

Esculpir una imagen sobre una piedra con un escoplo y un mazo, los canteros lo saben hacer; pero con sólo un dedo, solamente Dios. Hacer del lodo un adobe o un ladrillo, los tejeros lo saben; pero crear una cosa tan acabada y excelente como el hombre, de materia tan baja como el barro, sábelo solamente Dios. Defender su honra a puñadas, eso los hombres lo saben, pero defenderla padeciendo injurias y afrentas, solamente Dios.

6.- Cuando el santo Jacob, con lumbre de revelación y de profecía venida del cielo, que resplandecía en su alma, aunque su cuerpo estaba ciego, daba la bendición a sus hijos, llegando a Dan dijo: *Dan será juez de su pueblo, a la manera que cualquier otra tribu de Israel. Venga a ser Dan como una culebra en el camino, como una víbora en la senda, que muerde la uña o el pie del caballo para que caiga de espaldas el jinete. Yo, Señor, aguardaré tu salvación* (Gn 49,16-18). Después de la muerte de Josué hubo muchos duques y capitanes que gobernaron la república de las muchas tribus de los hijos de Israel. El primero después de Josué, declaran las divinas letras, fue de la tribu de Judá (cfr. Jc 1,1). Filón en el libro de *Las Antigüedades* lo llama Cenez de la familia de Caleb (NOTA: FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades*, 5, 182. Véase asimismo: Jc 1,13). También tuvo la tribu de Dan a Sansón, que fue gobernador de los israelitas durante veinte. Las Sagradas Escrituras alaban las ardidés de guerra utilizadas por él, que con trescientas zorras asoló las mieses, las viñas y los olivares de los filisteos (cfr. Jc 15,5). También celebran su fuerza y su valentía, pues no le paraban en sus campañas ni caballo, ni caballero, ni león, que se le presentase al paso. Así se cumplió la profecía de Jacob: *Dan será juez de su pueblo, a la manera que cualquier otra tribu de Israel. Venga a ser Dan como una culebra en el camino, como una víbora en la senda, que muerde la uña o el pie del caballo para que caiga de espaldas el jinete* (Gn 49,16-18).

7.- Pero a mí, añade Jacob, como declara la edición caldea, no me satisface ni el socorro, ni el remedio, ni la salvación de Cenez, que triunfó de los amorreos; ni la de Gedeón, hijo de Joás, que triunfó de Madiam; ni la de Samgar que con una reja de arado mató a 60 hombres; ni la de Barac que destruyó a Sísara, capitán de Jabín en la quebrada de Cisón; ni la de Sansón que destruyó a los filisteos. No me hinchen el ojo sus fuerzas ni sus ardidés. Todo eso eran son escarapelas y ruidos. *Yo, Señor, aguardaré tu salvación* (Gn 49,18). Como si dijera: Yo, Señor, confío en tu salvación y en tu remedio, porque sé que puedes socorrer a tus hijos en los mayores aprietos y en las mayores afrentas, y confundir a un Amán por Ester, a un Holofernes por Judit, a un Sísara por Jabel y a unos príncipes de los sacerdotes por medio de una moza de cántaro, llamada Marcela, la criada de Santa Marta. Esos judíos condenan entre dientes a tu Hijo por hereje y por endemoniado (cfr. Lc 11,15). Esta sencilla mujer, en cambio, a voz en grito, lo llama autor de la bienaventuranza y dichoso: *¡Bienaventurado y dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!* (ibid. 27). Es decir, dichosa y bienaventurada la Madre de tan dichoso y bienaventurado Hijo.

8.- ¡Oh, Madre de Dios, principio de todo bien, remate de todo mal, capa de pecadores, abrigo de los que poco pueden, fuente de toda limpieza! ¡Oh bienaventurada Madre y perpetua Virgen, templo de Dios y sagrario del Espíritu! Esres más graciosa para la divinidad que los ángeles, y más familiar para con Dios que los querubines, pues ellos tratan con él como siervos, y Vos, Reina de la gloria, como Madre. ¿Qué diré de vuestras bienaventuranzas, y particularmente de vuestra limpieza y purísima concepción? Si los hebreos que escribieron mucho antes que Jesucristo, nuestro Señor, naciese, en su Talmud afirmaron que la Madre del Mesías había de ser concebida sin pecado; y si el descreído Mahoma, padre de toda suciedad y enemigo de toda honestidad y limpieza, en el Albocari y en el Meshin de su Alcorán afirma que sólo ella y su Hijo Jesucristo fueron entre todos los hombres concebidos sin pecado, ¿quién se atreverá a poner mácula en aquella Virgen purísima de la cual dice el Espíritu Santo: *Eres toda hermosa, amada mía, no hay defecto alguno en ti?* (Ct 4,7). Atrévase quien quisiere, que yo no me atreveré. Ahora bien, siendo una cosa tan clara, y tan piadosa, y tan sabida, ¿por qué no la declara la Iglesia?... Porque no toca a la fe, y déjala a nuestra cortesía, pues es la cepa y tronco de nuestra casta y generación.

9.- Bien sé yo que Dios hizo un hombre, al que llamamos Adán, tan perfecto y acabado por dentro y por fuera, esto es, en el cuerpo y en el alma, que no cabe preguntar por qué su cuerpo poseía tal hermosura, inmortalidad, sujeción a la razón y la más linda figura y composición que respecto de su alma podía tener por lo que se refiere a la lumbre de su entendimiento. Esta lumbre no era una cualquiera, pues, aunque no disfrutaba de la visión de Dios que esperamos poseer en la gloria, cuando veremos a Dios cara a cara, sin embargo mediante ella lo veía como es él. Pero tampoco penséis que sólo poseía el conocimiento rastrero que tenemos nosotros, pues aunque no conocía a Dios por esencia, sin embargo, según afirman muchos autores, sí le conoció como de camino y en profecía, cuando estando sumido en un divino sueño sacó Dios de sus costillas a la mujer, casi declarando con este signo cuán costosa había de ser al hombre la mujer. Mas hay que añadir que Adán tampoco conoció a Dios solamente en los efectos visibles, como ahora lo conocemos nosotros, sino que también lo conoció en los invisibles, como son los ángeles, mediante aquella noticia que los teólogos modernos llaman *por semejanza*, que viene a ser un conocimiento intermedio entre la visión enigmática y la facial. Dióle, por tanto, lumbre muy resplandeciente en el entendimiento y rectitud en la voluntad. Como dice el sabio, en el albedrío dotó al hombre de libertad, y en el alma de gracia y de justicia original, con una bendición especial, so pena de la vida, si no la guardaba. Como es sabido, dióle la gobernación y tenencia del mundo con provisión particular de que todo le obedeciese. *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, y* (Gn 1,26)

10.- Estas ponderadísimas palabras muestran claramente la dignidad del hombre. Porque no lo crió Dios a bulto, como echando el juicio a montón, sino con consejo y madurez, y conforme al modelo e imagen que tenía trazada en su entendimiento: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra. Y no para servir, sino para mandar: Que domine a los peces del mar, a las aves del cielo, y a las bestias y a todo reptil que se mueve sobre la tierra.* Mas bien sé yo que el hombre fue tan mal mirado, que al primer combate que se le presentó a su juicio, dejando al Criador por contentar a su

mujer, que ya le había costado una costilla, ahora le cuesta también el alma, pues se hizo tornadizo y esclavo de Satanás, perdiendo por su pecado la justicia original que, so pena de vida, y vida del alma, era obligado a guardar. Esta transgresión y culpa, en Adán, fue actual, pero en nosotros se mudó en culpa original. Él fue el traidor, y nosotros los traidores. A él Dios le echó el sambenito de su maldición y la zamarra cuando del paraíso terrenal lo expulsó: *Hizo el Señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió* (Gn 3,21). Él y nosotros quedamos así envueltos en lodo como hijos ensambenitados. Pues a esta mácula de nuestro linaje humano es a la que llamamos pecado original, porque, como afirma san Pablo: *Así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte; así la muerte se fue propagando en todos los hombres, porque todos pecaron en él* (Rm 5,12). Esta mácula en Adán fue voluntaria y explícita; y en nosotros implícita.

**11.-** Ahora bien, la Virgen fue más acabada que todos en el qué, en el cómo y en el cuánto. En el qué fue más santa que todos, porque fue más humilde que nadie, y más virtuosa que nadie. En el cómo también superó a todos, porque unos tienen afición a la humildad, otros a la paciencia, etc.; pero ella, siendo casta, fue tan casta como paciente, tan sufrida como amable, tan obediente como dispuesta, etc. Y en el cuánto también sobresalió a todos en los tres géneros de virtudes, a saber: las purgativas, las «purgati animi» y las heroicas; pero, sobre todo, en las heroicas. En música se dan tres géneros de canto: el canto llano, el de órgano y el de contrapunto. Bueno es el canto llano; buena también el de órgano; pero muy mejor el de contrapunto. Pues así también, buenas son las virtudes purgativas; buenas, las «purgati animi»; pero mejores que todas, las heroicas. ¿En qué grado las tuvo la Virgen santa, Señor?... En el modo de contrapunto. Por eso la Iglesia canta en el día de hoy: *Toda hermosa eres, María, sin mácula alguna de pecado*. ¿Cómo puede ser?... Sabemos que existe el pecado original, el mortal y el venial; y que hay hombres buenos y malos. Pues, ¿cómo se dice de la Virgen que toda ella es hermosa?... De tres maneras puede ser una cosa hermosa: o en la materia, o en la forma, o en la materia y en la forma a la vez. Por ejemplo. Un vaso de oro mal hecho es hermoso en la materia, mas no en la forma. Uno de barro bien hecho, es hermoso en la forma, pero no en la materia. Y uno de oro bien hecho, lo es tanto en la forma como en la materia. Así, de la Iglesia se dice que es hermosa, no en cuanto a la materia, que son los hombres, sino en cuanto a la forma, que son las virtudes, los sacramentos, etc. Pero de la Virgen se dice que es toda hermosa, porque lo es en cuanto a la materia y en cuanto a la forma, porque lo es tanto en el alma como en el cuerpo.